

AMÉRICA LATINA: TRANSICIONES ¿HACIA DÓNDE?

INFORME ANUAL 2022-2023

José Antonio Sanahuja y Pablo Stefanoni (eds.)

Leiza Brumat

Esther del Campo

Alan Fairlie

Cecilia Güemes

Salvador Martí i Puig

Jessica Portocarrero

Marcos Robledo

Osvaldo Rosales

Marcelo I. Saguier

José Antonio Sanahuja

Pablo Stefanoni

Francisco J. Verdes-Montenegro



FUNDACIÓN CAROLINA



AMÉRICA LATINA: TRANSICIONES ¿HACIA DÓNDE?

INFORME ANUAL 2022-2023

José Antonio Sanahuja y Pablo Stefanoni (eds.)

Leiza Brumat

Esther del Campo

Alan Fairlie

Cecilia Güemes

Salvador Martí i Puig

Jessica Portocarrero

Marcos Robledo

Oswaldo Rosales

Marcelo I. Saguier

José Antonio Sanahuja

Pablo Stefanoni

Francisco J. Verdes-Montenegro

FUNDACIÓN CAROLINA

Fundación Carolina, diciembre 2022

Fundación Carolina
Plaza del Marqués de Salamanca, 8
4ª planta
28006 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
[@Red_Carolina](https://www.instagram.com/Red_Carolina)

DISEÑO GRÁFICO Y PRODUCCIÓN:
Calamar Edición & Diseño

ISBN: 978-84-09-46409-8
Depósito Legal: M-29106-2022

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



En esta edición se ha utilizado papel ecológico sometido a un proceso de blanqueado ECF, cuya fibra procede de bosques gestionados de forma sostenible.

| | |
|--|-----|
| Introducción | 9 |
| 1. La incierta recuperación económica en América Latina <i>Oswaldo Rosales</i> | 13 |
| 2. ¿Giro hacia dónde? Elecciones, protestas y reconfiguraciones políticas en América Latina (2021-2022) <i>Pablo Stefanoni</i> | 29 |
| 3. Tiempos cruciales para las sociedades latinoamericanas <i>Esther del Campo</i> | 43 |
| 4. La agenda y la agencia de las mujeres <i>Cecilia Güemes</i> | 55 |
| 5. América Latina frente al cambio climático: pequeños avances en tiempos inciertos <i>Marcelo I. Saguier</i> | 67 |
| 6. América Latina y la agenda de movilidad humana (2021-2022) <i>Leiza Brumat</i> | 79 |
| 7. Cambio tecnológico, digitalización y desarrollo sostenible en América Latina <i>Alan Fairlie y Jessica Portocarrero</i> | 91 |
| 8. América Latina: una región ausente en un orden internacional en crisis <i>José Antonio Sanahuja</i> | 105 |
| 9. Seguridad y violencia en América Latina: la punta del iceberg <i>Francisco J. Verdes-Montenegro</i> | 121 |
| 10. Superposición de crisis en Centroamérica <i>Salvador Martí i Puig</i> | 131 |
| 11. Chile en 2022: del ascenso de la nueva izquierda al riesgo de una crisis sin final <i>Marcos Robledo</i> | 139 |
| Relación de autores/as | 151 |

8. AMÉRICA LATINA: UNA REGIÓN AUSENTE EN UN ORDEN INTERNACIONAL EN CRISIS

JOSÉ ANTONIO SANAHUJA

Director de la Fundación Carolina

El sistema internacional: entre la policrisis y el interregno¹

Al menos desde el estallido de la crisis financiera global de 2008, el sistema internacional atraviesa una etapa de profunda inestabilidad e incertidumbre, con crisis en distintos ámbitos: en la economía y la ecología política global, en la gobernanza del sistema y en la dimensión sociocultural. Esas crisis se suceden con rapidez, se superponen y, al interactuar, generan una espiral de retroalimentación negativa que amplifica sus efectos, y dan lugar a una realidad más compleja que la que cabría esperar de la mera suma de todas ellas.

En 1999, Edgar Morin y Anne Brigitte Kern (1999: 74) acuñaron el término “policrisis” para describir esa lógica. Una policrisis, o, quizás mejor, “la” policrisis a la que se referían estos autores, de alcance planetario, significaría una situación de inestabilidad sistémica y de gran incertidumbre. Ante ella, no cabía plantear soluciones parciales, y se requeriría una respuesta holística y de alcance global, que el propio sistema, sumido en esa situación, no sería capaz de generar. Jean Claude Juncker, entonces presidente de la Comisión Europea, recuperó en 2018 el concepto de policrisis para referirse a la situación que vivía la Unión Europea (UE), golpeada en pocos años por los efectos simultáneos de la crisis del euro o de los refugiados sirios, hábilmente instrumentalizadas por la extrema derecha en ascenso, o el resultado del referéndum del *Brexit* y de las elecciones presidenciales en Estados Unidos, que no respondían a los confiados pronósticos del *establishment* europeo y global.

En un escenario global de por sí inestable y precario, la pandemia de la COVID-19 representó un nuevo golpe: puede verse como “una crisis dentro de otra crisis”. Aunque se trataba de un choque, en principio, exógeno, responde a lo que Ulrich Beck denominó “riesgos globales”: sus efectos se vieron multiplicados y agravados por el alto grado de conectividad e interdependencia y la escasa capacidad de acción colectiva en la que se había basado la globalización. En particular, la reducida o inexistente respuesta multilateral, las fuertes asimetrías existentes tanto en el plano internacional como en el seno de cada país, y la com-

¹ El autor agradece los aportes de Hugo Camacho, José Andrés Fernández Leost, Pablo Stefanoni y Francisco Javier Verdes-Montenegro. Las opiniones y juicios vertidos en este texto son de exclusiva responsabilidad individual.

binación de “nacionalismo epidemiológico” y débiles capacidades estatales y bajos niveles de protección social (Sanahuja, 2020). Cuando las sociedades y la economía internacional apenas empezaban a sobreponerse a los efectos disruptivos de la pandemia, la invasión rusa de Ucrania —también algo relativamente imprevisto— ha generado una crisis de carácter geopolítico que agrava las que ya estaban presentes. La idea de policrisis retorna para popularizarse como concepto de alcance global (Janzwood y Homer-Dixon, 2022; Tooze, 2022).

La “policrisis” puede ser un concepto útil al permitir aprehender de manera simultánea distintas crisis que se superponen e interactúan entre sí, y dirigir la atención del observador hacia los efectos complejos y a menudo imprevistos que suponen esas interacciones, así como la incertidumbre que ello comporta. Sin embargo, este concepto pasa por alto preguntas clave sobre el origen profundo de esas crisis y los factores causales, muchos de ellos de carácter sistémico o estructural, que pueden explicar su origen y coincidencia en el tiempo, que no es, en modo alguno, casual, ni de carácter aleatorio.

Esas crisis superpuestas han generado un patrón de inestabilidad sistémica que se inicia, al menos, con la crisis financiera de 2008 y son parte de un fenómeno más amplio y de carácter estructural: la crisis de la globalización. Esta última se entiende en este texto como la estructura histórica hegemónica que hasta entonces había dado forma y estabilidad al sistema internacional. Como la crisis de 1929 y la gran depresión posterior, con la que se compara, 2008 constituye un punto de inflexión histórico. Aunque algunos de sus elementos siguen presentes, se observan intensos procesos de cambio en los elementos en los que la globalización se sustentó: por un lado, las fuerzas materiales, que enfrentan una nueva ola de cambio tecnológico, los límites materiales que impone la crisis ecológica, y una amplia contestación por parte de sociedades con mayores reclamos de protección, equidad y acceso. Por otro lado, las normas, instituciones y marcos reguladores, muy por detrás de esos cambios y demandas, y con problemas crecientes de eficacia y representatividad; y, finalmente, las ideas y consensos liberales que legitimaron la globalización como orden social, incluyendo el orden liberal internacional, hoy impugnadas por distintos actores.

La crisis de la globalización supone, así, una etapa de interregno en el que “lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer”, conforme a la conocida frase de Antonio Gramsci, escrita en 1930 en sus *Quaderni del Carcere*. La “política del interregno” estaría caracterizada por la erosión de la legitimidad y la efectividad del orden anterior; el ascenso de nuevos actores políticos y sociales, en política interna e internacional, que se alimentan del descontento, impugnan los discursos, normas e instituciones vigentes, y desafían a las élites y grupos dominantes de la etapa anterior². La “economía del interregno” supone la reorganización de la producción a escala global, con el acortamiento de las cadenas de suministro y la revalorización del regionalismo a través del *onshoring*, *el nearshoring* o *el friendshoring*. Esta tendencia se explicaría por razones de rentabilidad, pero también de sostenibilidad y de seguridad y resiliencia, para evitar el uso coercitivo (*weaponisation*) de las interdependencias existentes (Pisani-Ferry, 2021).

La crisis de la globalización supone una etapa de interregno en el que “lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer”, conforme a la frase de Antonio Gramsci

² Véanse los debates planteados por la revista *Le Grand Continent* en torno a esa idea. Disponible en: <https://legrandcontinent.eu/es/>.

Finalmente, la “geopolítica del interregno” estaría dominada por actores que pretenden reordenar el mundo, o al menos su entorno cercano, incluyendo los flujos económicos y tecnológicos, frente a la pasividad o desconcierto de las viejas élites y actores dominantes. Para ello, plantean apuestas geopolíticas que desafían la racionalidad y los consensos establecidos, a menudo arriesgadas, y que afectan al referido uso de la violencia y la coerción. Estas apuestas, que generan reacciones en cadena de alcance sistémico y que, en muchas ocasiones, tienen consecuencias inesperadas y muy disruptivas, terminan siendo inviables y dan lugar a mayor incertidumbre e inestabilidad (Sanahuja, 2022c).

Esa voluntad de reordenar el mundo o, al menos, el entorno cercano, se observa tanto en las grandes potencias como en potencias medias y menores: frente al imperio del mercado global de la globalización, las pugnas geopolíticas se hacen presentes en el Ártico, el mar de China y Taiwán, o una Asia Central en una situación muy fluida; en Oriente Próximo y el Mediterráneo Oriental, con la guerra de Siria y el ascenso de Turquía; en el Golfo Pérsico, con la guerra de Yemen; en el Sahel, una región en la que irrumpe Rusia; o en el Indopacífico, un constructo geopolítico ideado en gran medida en Washington. De nuevo, esos proyectos geopolíticos no pueden separarse del ascenso del nacionalismo como vector de movilización social, y como argumento para legitimar tendencias securitarias y autoritarias desde el Estado. La guerra de Ucrania es un caso extremo de ese retorno de la geopolítica y puede verse como una “guerra de interregno”, inesperada, muy disruptiva, con hechos que desafiaban las previsiones, como la resistencia ucraniana y el fiasco militar ruso; el visible distanciamiento entre Rusia y China, poco antes comprometidos con una “amistad sin límites” y una cooperación “sin confines superiores” con propósitos contrahegemónicos; la enérgica respuesta occidental y noratlántica; o la emergencia de la “Europa geopolítica”, que deja de ser únicamente “potencia civil” y cruza el Rubicón de financiar armas para Ucrania. Una guerra, además, que abre un escenario de incertidumbre radical, en el que no puede descartarse el uso de armas nucleares, y con profundas implicaciones globales en el ámbito económico, de la energía o los alimentos (Sanahuja, 2022c).

América Latina en el interregno: sin liderazgos ni agencia regional

El impacto de la pandemia y la ausencia de liderazgos regionales

En este escenario de crisis de globalización e interregno, de reorganización de la economía política global, de crisis del orden liberal internacional y creciente competencia geopolítica, América Latina es un actor ausente, sin agencia ni proyección global. Tampoco están presentes los países de mayor peso y capacidad de liderazgo de la región: México y Brasil. Esa pérdida de gravitación internacional responde a razones de larga data que no se abordarán en este trabajo, y, en particular, al secular rezago económico de la región respecto a otras áreas, como Asia Pacífico (Schenoni y Malamud, 2021). Pero hay algunas causas más inmediatas a reseñar: la región se encuentra dividida y fragmentada, y la mayor parte de los países atraviesan una prolongada crisis política y una difícil situación económica,

que la pandemia ha agravado, y que reclama más atención a la agenda doméstica. Por último, América Latina se ha incapacitado a sí misma en su condición de actor regional, al haber paralizado o desmantelado sus mecanismos de concertación política y sus organizaciones de integración regional.

En América Latina, la pandemia de COVID-19 encontró economías que ya se encontraban en un momento anémico o de claro estancamiento. Al cerrarse el ciclo de bonanza de las materias primas hacia 2014, la región inició un “lustró perdido” con escaso o nulo crecimiento. En 2019, presentaba los peores datos de los setenta años anteriores y se registraban ya retrocesos en cuanto a pobreza y desigualdad. Lo peor, sin embargo, estaba por llegar: la pandemia ha supuesto la peor crisis económica de la región en más de un siglo, y la recuperación de 2021 fue insuficiente y efímera. En 2022 la región ha vuelto a tener un mal desempeño, y la guerra de Ucrania ha acelerado dinámicas inflacionarias ya presentes. La respuesta a la pandemia llevó a un mayor endeudamiento, que será difícil refinanciar ante el aumento de los tipos de interés internacionales. Por otro lado, la combinación de pandemia y crisis económica, débil protección social, y desigualdades arraigadas ha supuesto un visible retroceso en los indicadores de empleo, pobreza y desigualdad de la región (González *et al.*, 2021; Sanahuja, 2022b).

Todo lo anterior somete a mayores tensiones la relación de la ciudadanía con el Estado y con el mercado. Existe un amplio “malestar en la democracia”, como muestran otros capítulos de este volumen, que se ha traducido en amplios niveles de hartazgo ciudadano, amplias protestas sociales, y procesos electorales que, como pauta general, suponen el rechazo del oficialismo, más que la opción de la ciudadanía por virajes o “ciclos” ideológicos. La región muestra, además, una crisis de representación, y con ella, de los partidos y de las élites políticas, que se relaciona con una menor capacidad para hacer una lectura estratégica de la crisis de globalización y para el análisis prospectivo.

Fragmentación y polarización política, impacto de la pandemia y contexto internacional adverso son los factores que explican el retraimiento de los tradicionales líderes de la región. México, centrado en las políticas domésticas de la “Cuarta Transformación”, ha mantenido la tradicional orientación de su política exterior hacia Estados Unidos, y en cuestiones clave —en política migratoria, o en las elecciones a la presidencia del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en 2020— se ha alineado con Estados Unidos, fuera con la presidencia de Donald Trump o la de Joe Biden. No obstante, al asumir en 2020 y 2021 la presidencia pro tempore (PPT) de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), México ha ejercido un liderazgo de bajo perfil que, como se indica más adelante, ha permitido la reactivación parcial de esa instancia de concertación política regional, aun con la ausencia de Brasil, que desde inicios de ese año suspendió su participación alegando que no podía admitirse la presencia de Cuba, Nicaragua y Venezuela por no ser países democráticos (Reuters, 2020).

Por otro lado, la presidencia de Jair Bolsonaro ha significado un fuerte cuestionamiento de las organizaciones multilaterales y regionales, marcadamente ideologizada, y alineada con la administración Trump, que respondía a la matriz soberanista y antiglobalista de las ultraderechas neopatriotas en ascenso en los últimos años (Sanahuja y López Burian, 2020; Rodrigues, 2022). A ello se sumó una mala relación con los vecinos con gobiernos progresistas, en particular Argentina, clave para el impulso del Mercado Común del Sur (Mercosur).

Fragmentación y polarización política, impacto de la pandemia y contexto internacional adverso son los factores que explican el retraimiento de los líderes de la región

Otros países, con gobiernos de distinto signo ideológico, han visto frustrarse sus iniciativas y pretensiones de liderazgo ante imperativos de política interna y la pandemia. El gobierno de Sebastián Piñera en Chile, asediado por el estallido social de 2019, hubo de ceder a España la organización de la COP25; la actuación conjunta de los gobiernos de Chile y Colombia frente a Venezuela tuvo escaso recorrido tras el fracaso de la operación híbrida para derrocar a Maduro en la localidad fronteriza de Cúcuta, y las protestas sociales que también vivió Colombia, dejando poco espacio para iniciativas de política exterior. Como se indicará, ello también condicionó la capacidad de tracción de ambos gobiernos en instancias como el Grupo de Lima o el Foro para el Progreso de América del Sur (Prosur), caracterizadas por su marcado perfil ideológico.

Argentina, por último, tampoco ha podido ejercer un liderazgo enérgico al asumir la PPT de CELAC en 2022, de la mano de México, ante las dificultades que plantea una compleja situación económica y política interna, y una crisis de gobierno que retrasó ese relevo.

Contestación subalterna y crisis (inducida) de las organizaciones regionales

El retorno de las derechas y de gobiernos liberal-conservadores a varios países clave de la región (Argentina, Brasil, Ecuador, Uruguay...) en los años previos a la pandemia dio paso a un ciclo fuertemente ideologizado de contestación institucional y normativa de las organizaciones regionales. Ese ciclo, sin precedentes, significó la paralización, abandono y desmantelamiento de organizaciones creadas en la etapa anterior de “regionalismo posliberal”, como la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) y la CELAC. Esta última fue objeto del bloqueo y abandono por parte de los nuevos gobiernos de derechas latinoamericanos desde 2017, último año en el que celebró una cumbre, hasta que en 2020 México asumió la PPT de este grupo, y la única ocasión en la que se reunió fue a iniciativa de China, a través del Foro China-CELAC de 2018. Por su parte, Unasur quedó paralizada a causa del enfrentamiento ideológico y los vetos cruzados del bloque “bolivariano” y los gobiernos de derecha para la elección de un nuevo secretario general. Estos últimos decidieron en agosto de 2017 crear el “Grupo de Lima” como mecanismo *ad hoc* para afrontar la crisis política y la deriva autoritaria en Venezuela, y a partir de ese año abandonaron Unasur, siguiendo el procedimiento establecido en su tratado constitutivo. A continuación, en marzo de 2019 establecieron en su lugar el más débil Prosur como nuevo marco de diálogo político entre gobiernos afines. Sin embargo, por su diseño en origen, ambos grupos eran poco más que unas plataformas de diálogo y concertación de gobiernos afines ideológicamente, sin ningún tipo de institucionalización, y, por ello, sin capacidad de perdurar más allá de esos gobiernos. El llamado “proceso de Quito” para afrontar la crisis migratoria venezolana mostró que tampoco existía capacidad y/o voluntad para definir una respuesta regional a ese éxodo masivo, que se dejó en manos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Finalmente, otras organizaciones de integración económica, como el Mercosur, experimentaron un “giro comercial” que se tradujo en una fuerte erosión de sus agendas sociales y políticas promovidas por los gobiernos progresistas de la etapa anterior, y en propuestas de “flexibilización” que suponían reducir ese grupo a una mera área de libre comercio (Sanahuja, 2019).

El resultado es conocido: por un lado, el vaciamiento y desaparición de América Latina como actor regional y global, que ha llevado a la región a convertirse en un espacio para la disputa geopolítica de las grandes potencias, como Estados Unidos o China; por otro lado, la incapacidad de la región para concertar posiciones comunes o resolver sus propias crisis y disputas, que han de encomendarse a terceros en el exterior o al arbitraje de la Organización de Estados Americanos (OEA), que con la secretaria general de Luis Almagro ha mostrado un notorio alineamiento con esos gobiernos; y, finalmente, cuando la pandemia llega a América Latina, la región se encuentra sin organizaciones regionales con capacidad técnica y política para promover respuestas cooperativas en materia sanitaria o de financiación, lo que ha sido un factor añadido de vulnerabilidad de la región (Sanahuja, 2019; González *et al.*, 2021).

En todos estos casos se alegó que tanto Unasur como la CELAC eran la expresión de políticas exteriores ideologizadas y “bolivarianas” que no eran funcionales a las políticas exteriores de los nuevos gobiernos conservadores, que se describieron como “pragmáticas”, “desideologizadas” y “abiertas al mundo”. En realidad, el cuestionamiento de estas organizaciones sirvió como discurso de polarización ideológica y de movilización política, a menudo en clave electoral, para desacreditar a las fuerzas progresistas en la arena política interna, y como marcador simbólico de las nuevas derechas y de su ciclo político. De esta forma, Unasur y la CELAC se convirtieron en una suerte de espantajo discursivo, debido a su pretendido carácter “bolivariano”, y el abandono de estas organizaciones acabó siendo un recurso de bajo coste funcional a necesidades de política interna (Sanahuja, 2019).

Todo ello responde al concepto de contestación, que, según lo define Antje Wiener (2017: 112), se refiere a “las prácticas sociales que a través de discursos expresan la desaprobación de las normas”. Este ciclo es parte, desde América Latina, de una tendencia global: el cuestionamiento de la integración regional y la cooperación internacional desde posiciones conservadoras y soberanistas, que también se observó en Estados Unidos con la administración Trump o en Europa con el *Brexit* y el amplio euroescepticismo que caracteriza a la extrema derecha en ese continente.

Como se ha indicado, en el ámbito hemisférico, la impugnación de la Unasur y la CELAC, y la creación del Grupo de Lima o el Prosur, han sido también funcionales a la estrategia de la administración Trump para el derrocamiento del régimen venezolano, signada por la proclamación de Juan Guaidó como presidente encargado. Se trataría, por ello, de un caso de “contestación subalterna” en el que se cruzan lógicas de polarización en el ámbito doméstico e internacional: las que han protagonizado las nuevas derechas y ultraderechas contra la integración europea, o, lideradas por Trump, contra el multilateralismo y las normas internacionales, consideradas por estos actores como la expresión de un “globalismo” por el que las élites internacionales amenazan la soberanía y la identidad de las naciones (Sanahuja y López Burian, 2020).

Un caso notable de esta lógica de contestación subalterna fue la elección a la presidencia del BID en septiembre de 2020. Ante la ausencia de una candidatura de consenso en la región, la administración Trump, en los últimos meses de su mandato, propuso a Mauricio Claver-Carone, ciudadano estadounidense de origen cubano, que finalmente fue elegido con el voto de la mayor parte de los

gobiernos de derecha de la región, la abstención de un buen número de países, y un fuerte rechazo motivado por el perfil ultraconservador de ese candidato y por su nacionalidad estadounidense (Kitroeff, 2020; *Financial Times*, 2020). En esa votación se registró un patrón mayoritario de alineamiento ideológico en clave de subalternidad a la administración Trump, aunque hubo algunas excepciones: Chile, con un gobierno de derecha, no apoyó esa candidatura, y México, con un gobierno de izquierda, sí lo hizo, conforme al alineamiento con la administración Trump que ha caracterizado al gobierno de López Obrador. La nacionalidad de Claver-Carone era un asunto clave: esa candidatura suponía impugnar una norma multilateral que había estado vigente en los sesenta años anteriores: que la presidencia de ese organismo siempre corresponde a un ciudadano latinoamericano, pues los países de la región tienen algo más de la mitad de los votos en sus órganos de gobierno, mientras que su sede se estableció en Washington, ya que Estados Unidos es el principal accionista individual (Tussie, 1995; Díaz-Bonilla y Del Campo, 2010).

Respuestas regionales a choques globales: la pandemia y la guerra

Respuestas a la pandemia y retorno de la CELAC

América Latina había acumulado experiencia y capacidades significativas en la cooperación en salud, en particular en el sistema interamericano —con la Organización Panamericana de Salud (OPS)—, el Mercosur, y la Unasur, a través del Consejo Suramericano de Salud, y del Instituto Suramericano de Gobierno en Salud (ISAGS), establecido en 2009. Este último organismo, con el respaldo de Brasil, desarrolló una intensa actividad de cooperación técnica en materia de fortalecimiento de los sistemas nacionales de salud, de capacitación, de producción de genéricos y compras conjuntas de medicamentos, y de respuesta regional ante enfermedades como el VIH y sida, o virus del zika (Riggirozzi y Grugel, 2016; Riggirozzi, 2020).

Las fracturas políticas y el abandono o desmantelamiento de las organizaciones regionales impidieron que pudieran gestarse respuestas regionales a la pandemia, en particular en el caso del Mercosur, la Unasur o la Alianza del Pacífico. En un escenario de acciones unilaterales y “nacionalismo epidemiológico”, la COVID-19 fue así una oportunidad perdida para la cooperación y la integración regional (Granja, 2022; Álvarez, 2022). El mayor grado de institucionalización y la autonomía relativa de algunos organismos regionales puede explicar su mayor capacidad de respuesta. Es el caso de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe de las Naciones Unidas (CEPAL), que desplegó una efectiva actividad de análisis y propuesta de política; o de los bancos de desarrollo de la región, como el BID o CAF, que movilizaron recursos adicionales para ampliar el espacio fiscal de los países miembros. Sin embargo, la mayor parte de los organismos de integración no actuaron, y los únicos que lograron articular iniciativas regionales significativas frente a la COVID-19 fueron el Sistema de la Integración Centroamericana (SICA) y sobre todo la CELAC, a pesar del carácter no institucionalizado de este grupo y de la fragmentación política de la región.

Cuando México se hace cargo de la PPT de este grupo a inicios de 2020 asume un “liderazgo accidental” del mismo que se explica también por la ausencia de Brasil (Lozano, 2021). Pero la explicación de este hecho radica, sobre todo, en la definición de una agenda marcadamente despolitizada, centrada en la cooperación funcional en salud y en otras áreas técnicas, y en el apoyo de organismos especializados, como la CEPAL, allá donde fue necesario conocimiento experto (Ruano y Saltalamacchia, 2021).

Como se indicó, la CELAC se encontraba paralizada desde 2017 a causa de las disputas sobre Venezuela. México asume en enero de 2020 la PPT de ese grupo, y la mantuvo en 2021. Ello ha permitido recuperar la CELAC como plataforma de concertación regional, con una estrategia basada en evitar las cuestiones más divisivas y centrarse en áreas funcionales (Guadarrama y González, 2021). El plan de trabajo aprobado en 2020 contemplaba asuntos como la cooperación aeroespacial, la gestión de riesgos de desastres, la coordinación de compras públicas, la gestión sustentable de los océanos, las políticas de ciencia y tecnología, y la cooperación en salud. Esta última área se refuerza con motivo de la pandemia, y con el apoyo de la CEPAL, se prepara un importante plan de autosuficiencia sanitaria que abarca las compras conjuntas de medicamento y vacunas; el desarrollo de mercados regionales; el establecimiento de una plataforma regional de ensayos clínicos; la flexibilización de las normas sobre patentes y la convergencia y mutuo reconocimiento regulatorio, y las políticas para asegurar el acceso universal y la distribución equitativa de vacunas (CEPAL/CELAC, 2021; Castro y Quiliconi, 2022). Como complemento a ese plan, México y Argentina lanzaron una iniciativa conjunta para la producción en la región de la vacuna de la Universidad de Oxford y AstraZeneca, que se desarrolló con dificultades por la falta de los insumos necesarios.

Con ese impulso, la CELAC celebró el 24 de julio de 2021 una conferencia ministerial —primera presencial tras iniciarse la pandemia—, en la que, de manera un tanto contradictoria, se abordó una agenda bastante modesta, centrada en la cooperación sanitaria, al tiempo que Andrés Manuel López Obrador, como anfitrión, desplegaba una fuerte retórica integracionista y autonomista bastante alejada de su habitual alineamiento con Estados Unidos. Evocando a Bolívar, López Obrador reclamó una América Latina unida, cuestionando el papel de la OEA y de su secretario general, Luis Almagro (Lozano, 2021).

Tras la reunión de cancilleres, el 18 de septiembre de 2021, la CELAC celebró su primera cumbre de líderes en cinco años. La PPT mexicana reunió a todos los países de la región, con la excepción de Brasil, incluyendo 17 jefes de Estado y de gobierno, con la presencia de Charles Michel, presidente del Consejo Europeo, de Xi Jinping como líder de China, y de António Guterres como secretario general de Naciones Unidas. Dadas las diferencias políticas en la región, reunir a todos con una convocatoria “inclusiva” ya constituía un importante éxito. Junto a ello, la VI Cumbre de la CELAC aprobó finalmente el Plan de Autosuficiencia Sanitaria presentado por la CEPAL, la constitución de una agencia espacial de América Latina y el Caribe, y diversas declaraciones de acceso a la financiación externa, derechos de las personas migrantes, igualdad de género, cambio climático y seguridad alimentaria.

De nuevo, hubo un visible contraste entre una agenda que eludía los asuntos en los que había diferencias, y la retórica que envolvió esta reunión. La PPT mexicana dio un fuerte simbolismo político a la cumbre, otorgando un notable pro-

Desde 2020 se ha recuperado a la CELAC con una estrategia que evita cuestiones divisivas y se centra en la cooperación funcional

tagonismo a la presencia del presidente de Cuba, Miguel Díaz-Canel. López Obrador reiteró sus llamados a la integración, reclamando la construcción de un bloque económico integrado, pero “sin vulnerar nuestra soberanía”, que fuera “[...] parecido a la UE, pero adaptado a nuestra historia, nuestra realidad y nuestra identidad” (Corona, 2021).

En enero de 2022, tras algunas dilaciones, Argentina asumió la PPT de la CELAC con una agenda continuista, centrada en la recuperación pospandemia y la concertación política de la región y con sus socios externos. En octubre de ese año tuvo lugar en Buenos Aires una nueva reunión ministerial de este organismo, y la presidencia argentina logró impulsar un documento de posición regional sobre cambio climático y acceso a la financiación climática de cara a la COP27 (Egipto, noviembre de 2022). Inmediatamente después tuvo lugar la reunión de cancilleres CELAC-UE, que no se realizaba desde 2018. En esta reunión se aprobó una “hoja de ruta” birregional que conducirá a la celebración en 2023 de una Cumbre de jefes de Estado y de gobierno de ambas regiones —que no se reúne desde 2015—, durante la presidencia española del Consejo de la UE; y que ha de relanzar el diálogo político y la cooperación en materia de cohesión social, digitalización y cambio productivo, transición ecológica y energías renovables.

Como afirma el exministro boliviano Manuel Canelas (2022), mantener la CELAC como foro de diálogo y discusión permanente, aun con una agenda más modesta, parece una apuesta más inteligente que insistir en un debate político-ideológico de más envergadura. Para ello se necesitaría un consenso regional que por el momento no existe, pese a la mayor presencia de gobiernos progresistas en la región. Así parecen mostrarlo también la conflictiva convocatoria y limitados resultados de la Cumbre de las Américas convocada por Estados Unidos en junio de 2022, que puede ser considerada una oportunidad perdida para el liderazgo estadounidense y la cooperación hemisférica (Shifter y Binetti, 2022). Al situar la relación con América Latina en la confrontación de democracia y autoritarismo, se instaló una lógica de exclusiones (Cuba, Nicaragua y Venezuela) que provocó el abierto rechazo de otros países, como Argentina y México. Este último, junto con Bolivia y Honduras, decidió no asistir. Como señaló el presidente argentino, Alberto Fernández, “ser país anfitrión no otorga la capacidad de imponer un derecho de admisión” (Jiménez y Beauregard, 2022). Estados Unidos, por otro lado, no tenía nada nuevo que plantear en relación a esos países, además de insistir en políticas fallidas como el bloqueo a Cuba o el respaldo a la presidencia interina de Juan Guaidó. Al tiempo, la administración Biden planteó reclamos ambientales que la distanciaron de Brasil, y exigencias de alineamiento frente a China, sin mucho que ofrecer a cambio, que la región se resiste a aceptar. La reunión, centrada en la migración, mostró también una agenda muy sesgada hacia los intereses de Estados Unidos, que varios países se resistieron a asumir (Beauregard y Jiménez, 2022).

La invasión rusa de Ucrania y los límites de la concertación³

La inesperada invasión rusa de Ucrania ha mostrado una realidad paradójica: por un lado, en la región sigue habiendo profundas diferencias sobre política exterior, que limitan el alcance de la concertación política. Sin embargo, aun sin haber

³ Esta sección se basa en el trabajo, más exhaustivo, de Sanahuja, Stefanoni y Verdes-Montenegro, 2022.

existido diálogo ni concertación formal, las respuestas han sido muy similares y se han alineado mayoritariamente en torno a principios básicos de política exterior y del derecho internacional muy arraigados en la tradición político-diplomática y los ordenamientos legales de la región.

Entre los líderes y fuerzas políticas y los representantes gubernamentales, las posiciones han sido muy distintas y a menudo contradictorias, incluso en el seno del mismo gobierno. En el caso de México, por ejemplo, en varias ocasiones ha habido discrepancias entre la posición adoptada por la cancillería y por el presidente López Obrador. Rusia tiene importantes apoyos políticos y sociales en la región, que responden a factores como la presencia de vínculos económicos; la cercanía ideológica con su gobierno y las fuerzas que lo sostienen, tanto en grupos de ultraderecha como en algunos sectores de izquierda que aún ven en Rusia un símbolo de antiimperialismo; el alineamiento geopolítico con una Rusia que se percibe como un contrapeso frente a Estados Unidos, o la influencia sociocultural de medios como RT o Sputnik.

La región ha respondido a la invasión de Ucrania en orden disperso, al no contar con mecanismos activos para la concertación de las políticas exteriores —la PPT mexicana, como se mencionó, estaba tratando de recuperar la CELAC con una agenda de cooperación técnica y sectorial que evitaba cuestiones potencialmente divisivas—, y, quizás, consciente de que no habría consenso. De hecho, las posiciones adoptadas por los líderes, a grandes rasgos, se pueden ordenar en tres grandes grupos: aquellos que han condenado sin ambages la invasión (Argentina, Chile, Colombia, Ecuador o Uruguay); los que se han mostrado equidistantes e invocan la neutralidad (México, Brasil o El Salvador); y los que simpatizan con Rusia, han evitado condenar la invasión y asumen la narrativa del Kremlin de que la responsabilidad de la guerra ha de buscarse en la expansión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) o los designios hegemónicos de Estados Unidos (Bolivia, Cuba, Nicaragua y Venezuela).

Sin embargo, en el momento decisivo de votar la resolución de la Asamblea General que calificó la invasión rusa de acto de agresión y de violación de la Carta de las Naciones Unidas, todos los países de la región votaron favorablemente, salvo el último grupo, que se abstuvo, con lo que Rusia no tuvo ningún apoyo en la región⁴. Se observan algunas variaciones en ese patrón de voto —Brasil se ha abstenido en alguna ocasión— pero el conjunto de América Latina, con un claro protagonismo de las cancillerías y la diplomacia profesional, se ha mostrado fiel a principios como la abstención del uso de la fuerza, la no intervención, y el respeto a la soberanía y la integridad territorial de los Estados, al margen o, en ocasiones, en contra de lo que se planteaba en el discurso gubernamental. Principios, de hecho, que la propia región contribuyó decisivamente a afirmar en el derecho internacional. De igual manera, la región en su conjunto también ha rechazado las sanciones unilaterales como las adoptadas por Estados Unidos o la UE, considerando que serían aceptables si se adoptan en el seno de Naciones Unidas.

Lo ocurrido con la guerra de Ucrania muestra, de nuevo, las dificultades de un escenario regional en el que persiste la polarización, y la concertación solo parece posible si la agenda se limita de antemano a cuestiones de cooperación funcional y “baja política”, pero también que hay márgenes para ampliar su alcance

Pese a las diferencias, ante la invasión a Ucrania, las respuestas se han alineado en torno a principios de política exterior y derecho internacional arraigados en la región

⁴ Venezuela no participó en la votación por no estar al corriente de pago de la cuota con la organización.

si se otorga un mayor papel al funcionariado y a los órganos técnicos, incluso en cuestiones de Estado como las mencionadas.

Nuevo escenario político y opciones (limitadas) del regionalismo latinoamericano

Tras las elecciones en Chile, Colombia y Brasil, América Latina ha basculado hacia la izquierda. En enero de 2023, cuando se produzca la toma de posesión del presidente electo Lula da Silva, las cinco economías más grandes de la región (Argentina, Brasil, Chile, Colombia y Venezuela) tendrán gobiernos que se declaran progresistas. En algunos grupos, como la más liberal Alianza del Pacífico, el viraje es completo. Se trata, no obstante, de un momento distinto a la “ola rosa” de mediados de 2000. Como se ha indicado en otros capítulos de este informe, el contexto internacional y el ciclo económico es más adverso, a diferencia de esa fase, basada en un excepcional aumento de los precios y de los ingresos por exportación de las materias primas que alentó el fuerte crecimiento en Asia Pacífico y, en particular, la demanda de China. Ahora, los nuevos gobiernos progresistas no tienen el mismo respaldo legislativo, y tampoco se observa la voluntad o la capacidad de desplegar proyectos refundacionales que se impulsaron en la etapa anterior. El “Sur global” tampoco está en un momento de ascenso “contrahegemónico”, como el que dio origen a los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), un grupo que ahora tiene que manejar la incómoda presencia de Rusia. En lo referido a la cooperación e integración regional hay, además, una notable indefinición más allá de la voluntad de recuperar la CELAC, que en todo caso es un espacio de concertación política, más que de una verdadera integración. Este término, de hecho, se ha vuelto a utilizar por los líderes de manera muy confusa para abarcar cualquier forma de interacción regional.

A pesar de la proximidad ideológica de esos gobiernos, persisten los desacuerdos en una amplia gama de cuestiones de economía y política internacional, sobre el modelo de desarrollo, las cuestiones ambientales, o sobre democracia y derechos humanos, pues el factor Venezuela, junto con la deriva dictatorial en Nicaragua, sigue dividiendo a la región, y también a los nuevos gobiernos de izquierda entre sí. En una nueva elección a la presidencia del BID en noviembre de 2022, la región no logró plantear una candidatura de consenso y en la recta final compitieron las que habían propuesto Argentina, Chile, Brasil y México (Stuenkel, 2022; Galarraga *et al.*, 2022; Cota, 2012). Finalmente, fue elegido el candidato brasileño, Ilan Goldfajn, avalado por el gobierno de Bolsonaro y, más tarde, de manera renuente, por el equipo de Luiz Inácio Lula da Silva.

Existe también una notable indefinición respecto de las opciones y diseños institucionales para relanzar la integración. Brasil tendrá un papel clave en el futuro de la integración regional y en particular en el ámbito sudamericano y en el Mercosur, en lo referido a su fortalecimiento y en las negociaciones externas de este grupo. De manera muy genérica, Lula ha anunciado un retorno de Brasil a los foros multilaterales y las organizaciones regionales, lo que supondrá, en primera instancia, la normalización de la CELAC. En el Mercosur, aunque el cambio político en Brasil supone una nueva correlación de fuerzas, persiste el obstáculo de Uruguay, que prioriza la firma de un acuerdo bilateral de libre comercio con

China que debilitaría a ese bloque. Sobre el acuerdo UE-Mercosur, decisivo para este grupo, ha habido declaraciones contradictorias de Lula o de Celso Amorim, el influyente excanciller, sobre la necesidad de reabrir la negociación para revisar la sección sobre compras gubernamentales (Lirio, 2022), lo que, tras más de veinte años de negociaciones, podría significar en la práctica el abandono de ese acuerdo.

El gobierno de Gustavo Petro en Colombia también ha mostrado una renovada voluntad integracionista en materia económica, de redes energéticas, y en el espacio amazónico, con un marcado carácter “verde”. Ese compromiso no se ha traducido aún en propuestas más específicas, pero cabe esperar que impulsará cambios en la Alianza del Pacífico, cuya primera cumbre con mayoría de gobiernos progresistas se convocó en noviembre de 2022. Significativamente, esta cumbre no pudo llevarse a cabo en la fecha prevista debido a que el Congreso de Perú no autorizó el viaje al exterior del presidente Pedro Castillo. Se espera que en esa reunión se formalice la ampliación de ese grupo con nuevos miembros (Costa Rica, Ecuador y Honduras), así como de otros países del hemisferio (Canadá) o de otras regiones (Corea del Sur y Singapur). Sin embargo, dado que sus gobiernos representan distintas opciones políticas, no cabe esperar ninguna iniciativa refundacional que modifique en lo esencial la naturaleza de ese grupo, orientado al libre comercio y con una modesta agenda de cooperación sectorial.

Una de las propuestas más concretas surge de un grupo de expresidentes, excancilleres y otras personalidades, en una extensa carta dirigida a los presidentes sudamericanos tras las elecciones que dieron la victoria a Lula da Silva en Brasil⁵. En ella se reclama la reactivación de esta organización, inerte pero aún viva jurídicamente a pesar de haber sido denunciada por los gobiernos que, en su momento, promovieron el Prosur. Pero la carta va más allá y, reconociendo las fallas de esa organización y de ciclos regionalistas anteriores, proponen una “nueva Unasur” basada en el pluralismo ideológico y no solo en la afinidad de los gobiernos; la sustitución de la regla del consenso por distintas mayorías que eviten los vetos cruzados y hagan posible un funcionamiento más ágil y eficaz; y la incorporación de nuevos actores, como los agentes económicos y sociales, o las universidades. También se propone dotar a esa nueva Unasur de una dimensión de integración económica, que la original no llegó a tener a causa de los desacuerdos entre Venezuela y Brasil, y dotarla de una agenda de cooperación funcional que recupere algunas áreas en las que la anterior Unasur hizo aportes útiles —salud pública, infraestructura y conectividad— y sume otras nuevas —cambio climático, armonización regulatoria y entorno empresarial favorable, financiación del desarrollo—. Empero, como ocurre con CELAC, ese listado excluye las cuestiones más divisivas desde el punto de vista político.

Pese al notable respaldo político de esta propuesta, puede encontrar importantes obstáculos: se trata de una organización desacreditada y la propuesta no refleja el pluralismo político que se reclama. Por ello, puede ser vista como un nuevo proyecto de integración de las izquierdas de la región, que las derechas verían a contestar, o una reedición de la apuesta geopolítica de Brasil para redefinir la integración latinoamericana en un esquema que deja a México en una

⁵ La carta está basada en un detallado informe del Center for Economic and Policy Research (CEPR) (Long y Suñé, 2022). La carta, fechada el 14 de noviembre de 2022, está disponible en: <https://epo.o.evim.net/descargables/2022/11/14/55676485efe8dd1cf9df992a98dab285.pdf>.

Una agenda efectiva de cooperación, con prioridades de desarrollo compartidas y modestos niveles de concertación política, podría impulsar el regionalismo

situación periférica. Finalmente, la nueva Unasur tendría el mismo problema de interlocución externa que la anterior: los socios extrarregionales (China, Estados Unidos, la UE) tienen una clara preferencia por agrupamientos que cubran el conjunto de América Latina, lo que significa primar a la CELAC.

Todo lo anterior sugiere que América Latina y el Caribe, pese al nuevo momento político, enfrenta importantes obstáculos para un eventual resurgimiento de la integración regional y de otras formas de regionalismo. Además de un alto grado de indefinición de estrategias y modelos, más allá del intento de revivir esquemas como Unasur, hay diferencias notables en las estrategias de desarrollo e inserción internacional con los gobiernos de derecha aún presentes en la región, además de las que existen entre los propios gobiernos de izquierda. Si una de las respuestas que pueden darse a la crisis de la globalización y del multilateralismo es un “regionalismo defensivo” que dé cobijo a cadenas de valor más cortas y resilientes —lo que ya puede verse en América del Norte o la UE—, esa tendencia no se observa ni parece haberse planteado aún con claridad en la región. Pero en ese escenario de incertidumbre geopolítica, cambio tecnológico y reestructuración económica global, una agenda efectiva de cooperación funcional en áreas clave, que refleje prioridades de desarrollo compartidas, y modestos niveles de concertación política y de interlocución con actores externos, puede impulsar el regionalismo posible para que América Latina logre hacer frente, como región, a las encrucijadas del interregno.

Referencias bibliográficas

- ÁLVAREZ, M. V. (2022): “La gestión de la pandemia de COVID-19 y el regionalismo en América Latina y el Caribe”, *Documentos de Trabajo*, nº 71 (2ª época), Madrid, Fundación Carolina.
- BEAUREGARD, L. P. y JIMÉNEZ, M. (2022): “Biden apela a la unión regional como solución a la crisis migratoria de América”, *El País*, 11 de junio.
- CAMHAJI, E. (2021): “México apuntala la CELAC y relega a la OEA en plena confrontación con Almagro”, *El País*, 24 de julio.
- CANELAS, M. (2022): “La CELAC: un foro útil para el mientras tanto”, *El País*, 12 de octubre.
- CASTRO, J. y QUILICONI, C. (2022): “Cooperación regional latinoamericana: retos y oportunidades en la pandemia”, en J. ALTMANN y F. ROJAS ARAVENA (eds.): *América Latina. ¿Hay voluntad política para construir un futuro diferente?*, San José, FLACSO/Universidad para la Paz, pp. 131-148.
- CEPAL/CELAC (2021): *Lineamientos y propuestas para un plan de autosuficiencia sanitaria para América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, CEPAL, LC/TS.2021/115.
- CORONA, S. (2021): “López Obrador pide la integración comercial y el fin de los bloqueos en América Latina”, *El País*, 18 de septiembre.
- COTA, I. (2022): “La elección del BID expone las fisuras de las izquierdas latinoamericanas”, *El País*, 22 de noviembre.
- DÍAZ-BONILLA, E. y DEL CAMPO, M. V. (2010): *A Long and Winding Road. The Creation of the Inter American Development Bank*, s.l., publicación independiente.
- FINANCIAL TIMES (2020): “Why America should remain second. US must accept that Latin America’s development bank needs a Latin American head”, *Financial Times*, Editorial Board, 21 de junio.

- GALARRAGA, N.; LABORDE, A.; COTA, I. y RIVAS, F. (2022): “La batalla más dividida para presidir el BID”, *El País*, 12 de noviembre.
- GONZÁLEZ, G.; HIRST, M.; LUJÁN, C.; ROMERO, C. y TOKATLIAN, J. G. (2021): “Coyuntura crítica, transición de poder y vaciamiento latinoamericano”, *Nueva Sociedad* n° 291, enero-febrero, pp. 49-65.
- GRANJA, L. (2022): “Mercosur and Pacific Alliance Responses to the Pandemic”, *Contexto Internacional*, vol. 44, n° 2, mayo-agosto.
- GUADARRAMA, E. y GONZÁLEZ, H. (2021): “Reactivar la CELAC”. La misión de México para la integración regional”, *Foreign Affairs Latinoamérica*, 5 de noviembre. Disponible en: <https://revistafal.com/reactivar-a-la-celac/>.
- JANZWOOD, S. y HOMER-DIXON, S. (2022): “What is a Global Polycrisis? And how is it different from a systemic risk?”, *Cascade Institute discussion paper* v. 1.1, 27 de abril.
- JIMÉNEZ, M. y BEAUREGARD, L. P. (2022): “Alberto Fernández a Biden: ser país anfitrión no otorga la capacidad de imponer un derecho de admisión”, *El País*, 10 de junio.
- JUNCKER, J. C. (2018): Speech by President Jean-Claude Juncker at the Opening Plenary Session of the Ideas Lab 2018 “Europe – Back on Track” of the Centre for European Policy Studies, Bruselas, Comisión Europea, 22 de febrero. Disponible en: https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/en/SPEECH_18_1121.
- KITROEFF, N. (2020): “Mauricio Claver-carone, el aliado de Trump que quiere dirigir el Banco Interamericano de Desarrollo”, *New York Times*, 26 de agosto.
- KOOP, F. (2022): “COP27: América Latina se acerca a la unidad sobre el clima en Egipto”, *Diálogo Chino*, 10 de noviembre.
- LIRIO, S. (2022): “América del Sur en la nueva geopolítica global. Entrevista a Celso Amorim”, *Nueva Sociedad*, n° 301, septiembre-octubre, pp. 82-92.
- LONG, G. y SUÑE, N. (2022): “Hacia una nueva Unasur: Vías de reactivación para una integración suramericana permanente”, Washington, CEPR, octubre. Disponible en: <https://cepr.net/wp-content/uploads/2022/10/Long-Sune-2022-PDF.pdf>.
- LOZANO, G. (2021): “México quiet return to diplomatic leadership”, *Americas Quarterly*, 4 de agosto.
- MORIN, E. y KERN, A. B. (1999): *Homeland Earth: A Manifesto for the New Millennium. Advances in Systems Theory, Complexity, and the Human Sciences*, Cresskill, Hampton Press.
- PISANY-FERRY, J. (2021): “La conquista geopolítica de la economía”, *Project Syndicate*, 30 de septiembre.
- REUTERS (2020): “Brazil sits out leftist Latin American’ nations body on anti-democracy fears”, 16 de enero.
- RIGGIROZZI, P. (2020): “Coronavirus y el desafío para la gobernanza regional en América Latina”, *Análisis Carolina*, n° 12, Madrid, Fundación Carolina.
- RODRIGUES, G. M. A. (2022): “Política exterior de Bolsonaro: ideología y aislamiento diplomático (2019-2022)”, *Análisis Carolina*, n° 13, Madrid, Fundación Carolina.
- ROJAS, R. (2022): “López Obrador, la CELAC y el giro latinoamericano”, *El País*, 19 de septiembre.
- RUANO, L. y SALTALAMACCHIA, N. (2021): “Latin American and Caribbean Regionalism during the Covid-19 Pandemic: Saved by Functionalism?”, *The International Spectator*, vol. 56, n° 2, pp. 93-113.
- SANAHUJA, J. A. (2019): “La crisis de la integración y el regionalismo en América Latina: giro liberal-conservador y contestación normativa”, en M. MESA (coord.): *Ascenso del nacionalismo y el autoritarismo en el sistema internacional. Anuario 2018-2019*, Madrid, CEI-PAZ, pp. 107-127.

- (2022a): “Guerras del interregno: la invasión rusa de Ucrania y el cambio de época europeo y global”, en M. MESA, (coord.): *Cambio de época y coyuntura crítica en la sociedad global. Anuario CEIPAZ 2020-21*, CEIPAZ, Madrid, pp. 41-71.
- (2022b): “América Latina ante el COVID-19: sindemia, erosión de la democracia y nuevo contrato social”, en VV.AA.: *América Latina. Un nuevo escenario*, Zaragoza, Seminario de Investigación para la Paz / Mira Editores, pp. 17-42.
- (2022c): “Interregno: la actualidad de un orden mundial en crisis”, *Nueva Sociedad*, nº 302, noviembre-diciembre.
- SANAHUJA, J. A. y LÓPEZ BURIAN, C. (2020): “Las derechas neopatriotas en América Latina: contestación al orden liberal internacional”, *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 126, p. 41-63.
- SANAHUJA, J. A.; STEFANONI, P. y VERDES-MONTENEGRO, F. J. (2022): “América Latina y el 24-F ucraniano: entre la tradición diplomática y las tensiones políticas”, *Documentos de Trabajo*, nº 62 (2ª época), Madrid, Fundación Carolina.
- SCHENONI, L. y MALAMUD, A. (2021): “Sobre la creciente irrelevancia de América Latina”, *Nueva Sociedad*, nº 291, enero-febrero, pp. 66-79.
- SHIFTER, M. y BINETTI, B. (2022): “A Policy for a Post American Latin America”, *Foreign Affairs*, 3 de junio.
- STUENKEL, O. (2022): “A Second Pink Tide Might Not Unify Latin America”, *Americas Quarterly*, 17 de noviembre.
- TOOZE, A. (2022): “Welcome to the world of the polycrisis”, *Financial Times*, 28 de octubre.
- WIENER, A. (2017): “A Theory of Contestation—A Concise Summary of Its Argument and Concepts”, *Polity* vol. 49 (1), pp. 109-125.